

DE LA DISIDENCIA A LA SUMISIÓN
LA REBELDÍA COMO PRINCIPIO PENTECOSTAL Y LOS RUDIMENTOS DE LA
PENTECOSFOBIA EN CHILE.

Miguel Ángel Mansilla
mansilla.miguel@gmail.com
Sociólogo. Instituto de Estudios
Internacionales
Universidad Arturo Prat.
Iquique. Chile

Resumen

El pentecostalismo desde sus inicios fue una religión rebelde con el principio de la trilogía rebelde (protesta, resistencia y disidencia) con la inclusión de los invisibles (niños y mujeres); la utilización de la calle y el camino como púlpitos; y el conflicto y el dilema entre el pastorcentrismo y congregacionalismo. Estos principios rebeldes le atrajeron un profundo rechazo social, que destacamos como *pentecosfobia*. Sin embargo, los pentecostales en su afán por eludir este rechazo social fomentó la integración social, no obstante la religión pentecostal una vez que se institucionalizó resaltó por un lado la trilogía de la obediencia (sumisión, sometimiento y silencio) y por otro lado la rebeldía interna, en cuanto a la valoración por la disidencia; pero hoy por hoy, será la sumisión lo que primará.

Palabras claves: pentecostalismo, rebeldía, protestantismo, pentecosfobia

Abstract

The pentecostalismo from his beginnings was a rebellious religion with the beginning of the rebellious trilogy (protest, resistance and dissent) with the incorporation of the invisible ones (children and women); the utilization of the street and the way like pulpits; and the conflict and the dilemma between the pastorcentrismo and congregationalism. This rebellious beginning attracted a deep social rejection, which we emphasize like pentecosfobia. Nevertheless, the pentecostales in his zeal for eluding this social rejection he promoted the social integration, nevertheless the religion pentecostal as soon as it became institutionalized highlighted on the one hand the trilogy of the obedience (submission, submission and silence) and on the other hand the rebelliousness hospitalizes, as for the valuation for the dissent; but today per today, it will be the submission.

Keyword: Pentecostalism, rebelliousness, protestantism, pentecosfobia.

Introducción

En el siglo XIX la rebeldía religiosa, en América Latina, la enarbolaron los protestantes quienes lucharon por principios modernos como: libertad, pluralismo y tolerancia y antes de terminar el siglo, con la ayuda de la burguesía liberal, en casi todos los países latinoamericanos habían instaurados la tetralogía laica (cementerios, matrimonio, registro civil y libertad religiosa) por lo tanto el protestantismo dejó de ser consustancial con la rebeldía. Sin embargo en el transcurso del siglo XX apareció una nueva rebeldía religiosa: el pentecostalismo, una religión popular enarbolada por hombres y mujeres indígenas y obreros que, no sólo aceptaban ser ovejas sino también, se hicieron predicadores y pastores.

Este artículo lo hemos dividido en cinco apartados. En el primero destacamos tres autores del siglo XX que escriben y destacan la rebeldía como principio de reformas y revoluciones sociales y políticas; luego vinculamos la religión con la rebeldía, tradicionalmente entendida como lo contrario. En donde hacemos un esbozo de rebeldes, grupos disidentes e ideologías rebeldes que han marcado el cristianismo; en tercer lugar resaltamos, el protestantismo, específicamente el presbiterianismo y los metodistas como herencias de la disidencia pentecostal; en cuarto lugar destacamos la rebeldía pentecostal en tres aspectos: la centralidad y el protagonismo que adquirieron las mujeres y los niños en una época de invisibilidad femenina e infantil; luego descollamos la predicación callejera y la predicación itinerante como prácticas pentecostales de protesta social y política, así como expresiones de confrontación social y cultural; finalmente sostenemos que existe una constante lucha al interior del pentecostalismo entre el pastorcentrismo y el congregacionalismo y que además constituyen los factores fundamentales de su crecimiento, desarrollo y expansión en Chile. Por último concluimos que el pentecostalismo pasa de un

movimiento sociorreligioso de la rebeldía a otro que resalta la obediencia, conspirando contra su propio principio religioso.

1. La Rebeldía

La rebeldía más que una palabra es un símbolo, que nunca va sola sino acompañada de la sumisión. Quién es rebelde en un aspecto es sumiso en otro. Sin embargo las instituciones de la esperanza son las que más enseñan al ser humano a ser sumiso: se demoniza la rebeldía y se diviniza la sumisión. La escuela premia la sumisión: cuánto más sumiso es un alumno mejor estudiante es y más promovido será. Se podría decir que un estudiante ideal debe ser sumiso y silente. La religión resalta a los *pasalorinquititas*, aquellos que escuchan sentados y en silencio. La política idolatra la sumisión. Para la religión la rebeldía es una herejía; para la política es anarquismo; y para la escuela es caos.

Los rebeldes siempre han sido castigados, sobre todo aquellos que favorecen a los seres humanos oprimidos como el caso de Prometeo el portador del fuego a los humanos. Algunos celebran la rebeldía de Satanás en contra de Dios, pero en realidad esa rebeldía no es en favor de los oprimidos, sino sólo un búsqueda de satisfacer una vanidad, la búsqueda del poder por el poder, por ello Milton pondrá en boca del diablo una frase que dice: "más vale gobernar en el infierno que servir en el cielo" (Milton 2005: 18). En cambio la resistencia y posición de los Macabeos a la helenización de Judea por los Seléucidas de Siria en el siglo segundo antes de Jesucristo, es digna de llamarse rebeldía porque lo hizo un grupo a favor de un pueblo. De esta manera los rebeldes poseen una dualidad ontológica: son héroes para algunos demonios para otros.

Durante el siglo XX encontramos tres filósofos de la rebeldía o más bien apólogos de la rebeldía como son Khalil Gibran con su libro *Espíritus Rebeldes* escrito en 1908; Albert Camus con su libro *El hombre rebelde* publicado en 1951; y el historiador inglés Eric Hobsbawm quien en 1965 publicó su libro *Rebeldes primitivos*.

El libro *Espíritus Rebeldes* es una protesta y una propuesta religiosa y política. Es una protesta contra la miseria religiosa. En donde los sacerdotes en nombre de Jesús mixtificaban y extorsionaban al pueblo haciéndolos vivir de miseria y hambre y predicando y glorificando esta condición del pueblo; mientras los sacerdotes vivían en la opulencia. Por otro lado, los sacerdotes predicaban la obediencia al poder político del Sheik, como una obediencia exigida y querida por Dios, mientras el Sheik, no solamente vivía en la opulencia y explotaba al pueblo, sino que, también asesinaba impunemente a los que reclamaban. Sin embargo aparece un profeta de entre los sacerdotes, que era pobre, huérfano y un monje paria, que protesta contra estas condiciones zánganas de los sacerdotes, pero siendo acusado de hereje, es expulsado del monasterio y luego enjuiciado, acusado de subversivo. No obstante el hereje se levanta como profeta que apela al derecho inalienable de la libertad y de la felicidad del ser humano entregado por Dios: en donde los libaneses no sólo se esclavizaban voluntariamente al poder religioso y político, sino también enseñaban a sus hijos a ser esclavos. Una vez conciente de su situación la comunidad se rebela apelando a valores fundamentales como la libertad, la verdad, la felicidad y el trabajo, independizándose y viviendo comunitariamente, en donde el profeta con una fuerte misión mesiánica- milenarista vive entre ellos como maestro y hermano y no como un nuevo poder represivo (Gibrán 1908). Aquí se demuestran dos lados de la religión una opresora y otra rebelde y liberadora. La segunda viene de un líder pobre, educado y nacional. Se necesitan esas condiciones para resistir y protestar: conocer la religión y conocer al pueblo, por lo tanto este líder se constituye en un guía mediador entre el continuismo y la reforma. Lo interesante es que el nuevo adalid no es ni un mesías ni un nuevo dictador, sino un maestro, un hermano que enseña al pueblo a ser autónomo.

Para Albert Camus la rebelión nace del espectáculo de la sinrazón, ante una condición injusta e incomprensible. Pero su impulso ciego reivindica el orden en medio del caos y la unidad en el corazón mismo de aquello que huye y desaparece. Grita, exige, quiere que el escándalo cese y que se fije por fin lo que hasta ahora se escribía sin tregua sobre el mar. Su preocupación consiste en transformar. El hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es. La cuestión de los otros y de sí mismo, si toda rebelión debe terminar en justificación del asesinato universal, o sí,

por el contrario, sin pretender una inocencia imposible, puede descubrir el principio de una culpabilidad razonable (Camus 2003:17-18). Camus recurre a una nueva definición del hombre que nos parece muy interesante: el hombre es un ser rebelde. La rebeldía es algo ontológico al hombre, ante la injusticia y la opresión, no sólo es capaz de resistir, sino también elaborar los recursos suficientes para rebelarse, ya sea simbólica, social o políticamente; cuanto mayor son las condiciones de opresión, miseria y exclusión, mayor son las posibilidades de rebeldía.

Eric Hobsbawm trata sobre distintos grupos que resisten, reforman o revolucionan una sociedad, entre ellos: los bandoleros, movimientos milenaristas agrarios y movimientos religiosos obreros. Son grupos de personas que protestan contra la opresión y la pobreza en las que los tienen encerrados los ricos y opresores, y luchan, ya sean con gritos y acciones de venganza robando; luchan con una ideología clara de cariz revolucionario, aunque los movimientos religiosos no sean claramente revolucionario, sin embargo tienden a llevar su impronta reformadora. Obviamente como toda rebeldía es perseguida por el estado o la Iglesia (Hobsbawm 2003: 16-17). Aunque la rebeldía de los grupos religiosos, sean fundamentalmente simbólica, sin embargo hacen una gran contribución: permiten a los grupos oprimidos tomar conciencia de su situación y condición social, económica y política. Además como en el caso del cristianismo les presenta la Biblia, en donde se encuentran muchos ejemplos de protesta, resistencia y rebeldía contra poderes opresores. De esta manera la Biblia leída bajo condiciones de opresión, con líderes rebeldes y carismáticos y con personas concientes de su situación y esperanzadas de invertir su condición, potencia y moviliza la rebeldía. Frente a ello Noam Chomsky destaca que “Gran parte de la Biblia está dedicada a individuos que condenaron los crímenes de Estado y las prácticas inmorales. Son los llamados “profetas”. En términos contemporáneos, eran disidentes intelectuales. No hace falta analizar cómo fueron tratados: terriblemente mal, es la norma para los disidentes” (Chomsky 2006).

2. Rebeldía y religión

En varias ocasiones he escuchado que la religión es: conservadora; sacraliza el poder político y económico; su doctrina se fundamenta en la sumisión y la obediencia; y en el peor de los

caso narcotiza las mentes de los individuos reduciéndolos a un simple redil. Es importante no esencializar la religión ni con el conservadurismo o la rebeldía. Incluso autores, como Paul Tillich, dan por asumido la protesta como principio fundamental en el protestantismo de la Reforma (Tillich 1965) o la tendencia de vincular el protestantismo misionero con el liberalismo (Bastian 1994). Por otro lado, autores como Campos y Sepúlveda hablan del principio pentecostal. Esto es: “un principio crístico en tanto realidad del Ser y como cimiento del conocer que hace posible la historicidad y la trascendencia pentecostal (Campos 1997: 70). Principio que “se desarrolló históricamente a partir de la protesta, generalmente inconsciente, contra la cautividad occidental, tanto protestante como católica, del mensaje bíblico caracterizado por una concepción logocéntrica y racionalista de la fe cristiana” (Sepúlveda 2003: 14). Este esencialismo de la rebeldía en uno u otro grupo, como veremos, tienen que ver más a contextos sociales que activan la rebeldía, que principios ontológicos de rebelión. Lo destacado estos autores se debe más bien a aspectos de contextos históricos, sociales y políticos; elementos socioteológicos; y la existencia de líderes que encarnen esa rebeldía, pero no es que la rebeldía sea algo esencial del protestantismo o del pentecostalismo. Así tanto el protestantismo como el catolicismo, aunque éste más bien divinizó el poder papal y sacralizó la obediencia, han dado espacios para la rebeldía y la disidencia religiosa.

A pesar de la institucionalización del cristianismo durante el siglo III y su constantinización en el siglo IV, hubo una serie de movimiento religiosos rebeldes conocidos como los herejes y otros de resistencia como el monacato. Desde el siglo XII aparecieron distintos teólogos y sacerdotes, no sólo que resistían el poder papal, sino que también instaban al pueblo a rebelarse. Entre ellos: Pedro Valdo (1140 - 1217); Humberto de Romans (1194-1277); Williams de Ockham (1295-1350); John Wycliff (1324- 1384); Jan Hus (1370- 1415) y Girolamo Savonarola (1452-1498). Luego viene toda la tradición protestante que se puede ordenar en tres líneas políticas: Lutero y Calvino quienes destacan el *Cuius regio, eius religio*, fundamento de la Iglesia de Estado; Ulrico Zuinglio y Menno Simons quienes concebían la religión como una comunidad de creyentes; y Thomas Müntzer quien sostuvo una interpretación revolucionaria de la Biblia, exponiendo, que, cuando las autoridades no cumplen rectamente su papel, "la espada les será quitada" y da lugar a un posible regicidio.

Por el lado católico también encontramos la conocida Escuela de Salamanca muy influenciado por la Reforma, ya sea en ideas y/o por el miedo que los reformistas tuvieran los mismos efectos que en la Europa anglosajona-germánica. El advenimiento de la Edad Moderna influenciada por la Reforma en la defensa del Estado nacional; el relace del individualismo; la redefinición de las ideologías y doctrinas políticas (Laski 1961: 37), el descubrimiento de nuevos continentes y el humanismo hicieron que la teología abordara problemas reales del individuo y la sociedad. Como destaca María González, en la Escuela de Salamanca, aparecen pensadores como: Francisco de Vitoria; Domingo de Soto; Martín de Azpilcueta; Tomás de Mercado; Francisco Suárez y Luis de Molina. Esta escuela reivindicó fuertemente la libertad y los derechos naturales del hombre tanto los del cuerpo (derecho a la vida, a la propiedad) como el espíritu (derecho a la libertad de pensamiento, a la dignidad) y su teología política sostuvo en lo medular la idea que los hombres nacen libres por su propia naturaleza y no siervos de otro hombre, y pueden desobedecer e incluso deponer a un gobernante injusto (González, 2007). Una vez producida la separación entre protestantismo y catolicismo, al interior de cada sistema religioso se darán movimientos religiosos de resistencia y rebeldía, aunque serán más frecuentes, por las características teológicas y eclesiológicas, entre los protestantes que en los católicos.

En el transcurso de la historia del cristianismo aparecen distintos movimientos heréticos quienes defienden como principios religiosos: libertad de conciencia, apoyo mutuo, pacifismo, derechos a la proclamación del evangelio y autosostenimiento económico de las comunidades religiosas. Entre ellos podemos destacar los igualitarios (niveladores o levellers); cavadores (Diggers); los cataros; los Amigos; el unitarismo; luchadores espirituales (dujbori); Movimiento del Trabajador Católico; y el personalismo. Y actualmente podemos hablar de cristianos ácratas que se reúnen en casas, sociedades de amigos y pequeños templos sin filiación u organización eclesiológica. Al interior de la tradición cristiana, también encontramos el anarquismo cristiano o *anarcocristianismo* que en términos generales implica entender la centralidad del individuo como ser inalienable e indivisible ante Dios, en donde la base de toda institución social está la libertad individual. Solo hay una fuente de autoridad, esta es Dios encarnada en las enseñanzas de Jesús y explicitada en la Biblia.

3. La herencia de la rebeldía pentecostal

El 25 de diciembre de 1845 llegó a Chile el pastor David Trumbull, quien se convirtió en el misionero protestante más influyente de esa época. Él impulsó la construcción del primer templo público evangélico del país (1855), en Valparaíso, hoy declarado Monumento Nacional. Luego construye la Escuela Popular (hoy Colegio Presbiteriano David Trumbull), fue la primera escuela protestante de Chile y una de las más antiguas del continente, que inició su actividad en el año 1869. Dadas las condiciones socioeconómicas y políticas del país, esta obra se inició bajo paupérrimas circunstancias. Algunos como Wheelwright contribuían libremente a esta causa y así una pequeña sala fue arrendada en el Cerro Cordillera de Valparaíso. En esos años la educación estaba exclusivamente en manos de las Escuelas Católicas con un costo prohibitivo para la clase trabajadora; los hijos de protestantes o evangélicos; y niñas, ya que la educación para la mujer estaba vedada. Desde el primer momento se instaló un internado para aquellos niños y niñas que no tenían padre o éstos vivían en lugares muy apartados. Otra de su bandera de lucha fue la inserción de niñas a la educación formal. Tuvo una incansable lucha por la educación popular y libertades civiles, aliándose con el liberalismo y el radicalismo político de la época, para lograr tan magnánimos objetivos. Fue un ávido luchador para lograr las leyes laicas: la ley de los cementerios laicos (1883), la del matrimonio civil (1884) y la Ley de Registro Civil (1884). Fueron los días en que los disidentes se vistieron de pompa, porque el alcázar de la ignominia fue derribado; los novios construyeron sus talamos con júbilo; los niños, jóvenes y adultos se inscribieron en el “libro de la vida”; los finados fueron extraídos de los osarios para recibir “humana sepultura” y a los menos favorecidos, se les construyó un cenotafio. Fueron días en que las voces de alborozo se confundieron con el de las plañideras.

Durante el gobierno de Balmaceda en el año 1888, se publica la ley que otorgaba libertad de culto para todas las confesiones religiosas, ley que viene a sahumar las anteriores. Fueron días en que los sueños de los “epistolarios de la tolerancia”, Locke y Voltaire, se hicieron realidad en Chile. Se entendió que el énfasis en la libertad de la persona, implica necesariamente que:

“las creencias no pueden ser impuestas por la fuerza. El comportamiento religioso individual, está necesariamente definido en la base de la convicción subjetiva. En asuntos privados cada uno decide cuál es el mejor camino a seguir, así también debe suceder con temas de conciencia religiosa. El cuidado del alma, como el cuidado de lo que es propio, es algo que pertenece al individuo y solamente a él sin la vigilancia del Estado; en donde la Iglesia es solo una administradora de los bienes de salvación para contribuir a aquellos que voluntariamente se asocian y conforman una iglesia. Por lo cual, nadie tiene el derecho de obligar a otro a una acción, que de ser errada, no tendrá compensación alguna” (Locke 2005:8).

Estos beatos luchadores enarbolaron el pendón de la tolerancia, con estas “leyes benditas”, que junto a un puñado de voces clamaron en el desierto, logrando pequeños “iusmilagros”, como verdaderos exvotos desde la misma independencia¹. Aquellos que supieron lidiar con la mefistofélica intolerancia, fueron verdaderos rebeldes, porque le dieron un espacio sepulcral a los que “no tenían donde caerse muerto”; apellidar esos que “no tenían nombre”; matrimoniar aquellos que “estaban a yuras”; y por sacralizar la libertad de culto, para que cada ser humano tenga el derecho de venerar a su Dios en la forma que le parezca correcta. Qué importa si la iglesia estatal los llama herejes, si lucharon por aquellos derechos sagrados de los seres humanos: la libertad de credo, el reconocimiento del pluralismo y el fomento de la tolerancia: hoy son los “santos del pluralismo”.

Trumbull, una vez logrado las leyes laicas el Senado le otorga la nacionalidad chilena, muere en Chile el año 1889 y en reconocimiento el senado hace un minuto de silencio. Pero al morir Trumbull y con él la resistencias y la rebeldía religiosa; el protestantismo en su versión del presbiterianismo, luteranismo y el anglicanismo se integran a la sociedad chilena y se autoconstituyen en un gueto protestante, que no protestan contra nadie sólo se acomodan y se aburguesan, siendo afín a los intereses de la oligarquía nacional. Esta afinidad le viene con la llegada del capital inglés y norteamericano en la industria salitrera y carbonífera, así al sistema fabril le siguió el misionero que también se constituyó en profesor. Por lo tanto las tres instituciones: el patrón, el misionero y el profesor fueron símbolos de la civilización capitalista y por otro lado: el obrero, el feligrés y el alumno fueron mantenidos a ralla; demonizando la rebeldía y sacralizando la obediencia, por el cual protestantismo y catolicismo fueron sistemas religiosos que se unieron legitimar el patrón y demonizar el obrero. El único trabajo valorado fue el trabajo fabril y la educación escolar, todo otro trabajo y aprendizaje fue concebido como flojera o superstición.

Sin embargo en el año 1878 llega a Chile William Taylor, considerado el originador de la obra metodista, pero también un activo militante del Movimiento de Santidad. Taylor no sólo dio origen al metodismo en Chile, sino que además lo dotó de líderes carismáticos como Canut de Bon, La Fetra, Adelaide Whitefield (creadora del Santiago College) y Lelia Waterhouse (fundadora del Concepción College).

El metodismo que llega a Chile era una religión popular y una alternativa a los presbiterianos que siempre se interesaron por la clase media y los letrados. Por ello, en las dos últimas décadas decimonónicas algunos de sus predicadores aparecen instigados por la persecución y la intolerancia religiosa, porque sus templos se instalan en los márgenes, donde el pueblo no se resiste con la pluma, la tinta ni con pasquines, sino con los recursos de la calle. Frente a ello aparecen relatos de fuerte intolerancia religiosa:

“El pastor metodista episcopal Lucius Smith se trasladó a Santiago en 1883, arrendó un local en la calle San Pablo para establecer un centro de predicación. Smith era un fogoso predicador y pronto llenó completamente el local y empezaron los problemas. Repentinamente el orden fue alterado por la entrada de dos guardianes policiales, quienes sacaron de la sala a una mujer por orden de su marido, la que se resistió a hacerlo. Esa misma noche el cura del sector de Yungay hizo una violenta predicación contra los evangélicos e incitó a sus feligreses a que destruyeran la naciente congregación. En la tercera reunión, como resultado de la predicación del cura, el local fue invadido por una muchedumbre que se precipitó sobre los dirigentes de la Iglesia. Las mujeres asistentes fueron ultrajadas y atropelladas, muchas fueron arrastradas de los cabellos, otras fueron heridas, sumando unas veinte personas. El Rev. Smith fue herido y golpeado en la cabeza, escapando para no ser asesinado. La turba procedió finalmente a saquear el local, destruyó los muebles y el púlpito, quemando la Biblia y tratados en medio de la calle” (Valenzuela 2000: 49-50).

El protestantismo metodista era al alternativa religiosa popular que competía los espacios y la clientela con el catolicismo; esa podría ser una de las causas de este levantamiento intolerante, sin respetar ni reconocer ningún espacio o símbolos religioso de la competencia religiosa. El cristianismo que nace como una religión de paz, fraternidad y libertad, se constituye en una de las religiones más fraticida e intolerante. Esa es una de las grandes miserias de las religiones que niegan los espacios de libertad para que otros grupos expongan sus creencias; que demuestran más bien la inseguridad de su feligresía así como el escaso poder de su dios, por lo que su deidad necesita ser protegida por le Estado a costo de asesinar a los herejes y apóstatas y excluir y perseguir cualquier competencia religiosa (algo que ha hecho el cristianismo, el islamismo y el

comunismo). En una sociedad moderna las divinidades deben estar sometidas al Estado y compartir la premisa del senado romano que "sólo a los dioses les corresponde entender de las ofensas ingeridas a los dioses". La única forma de conocer y aceptar una religión legítima es por la contribución consecuente de su feligresía y sus purpurados al resguardo y defensa de los derechos a libertad religiosa, el pluralismo y la tolerancia.

"El mismo Canut señala: "En lo mejor de la reunión cayó una gran lluvia de piedras por el rejado que parecía que se venía el mundo abajo, pero no pasó de un pequeño susto a los asistentes. Yo seguí con la lectura de la palabra de Dios y Oración pidiendo al Señor perdón por ellos, concluimos la reunión con Paz. Pero al salir fue la buena, pues se hallaba toda la cuadra llena de hombres y mujeres esperando mi salida y piden mi muerte a gritos horrorosos y al momento viene una gran lluvia de piedras bien pesadas... unos decían mávalo, destrúyelo, gritos indecentes ladrón, lobo, etc. y piedras y más piedras. Las mujeres gritaban "¡mátenlo! ... ¡muera! ¡muera!" y miles de groserías. Así seguí toda la cuadra con mi esposa y Evita la que decía: "Muramos por Jesucristo papá y mamá... vamos a morir papá por Jesús, muy contenta decía Gloria a Dios"... , cuando al llegar a la esquina... por todas la 4 calles una emboscada de gente que se llena esa plazuela... es increíble se llena y cae de nuevo la gran lluvia de piedras macizas. Muera, Muera daba susto... (cuando) como que una mano me retira a la casa de Clemente, la que estaba abierta y entré ... (llega) el Capitán a caballo y policiales entran a mantener el orden ... pero al salir yo empezaron de nuevo las pedradas y los gritos ... (pero) me condujeron con lucha hasta mi casa. Gloria a Dios. Sé que me ama mi Jesús Mi señor y mis hijos y mi Eva con gran fe dispuestos a morir por Cristo. Espero mucho de las oraciones de todos... Si ya no le escribo y es la voluntad de Dios que muera no dejen sin predicar la palabra de Dios a Serena y Coquimbo no se acobarden" (Snow 2007:14-17).

Con el traslado de Smith (1883) a México y Taylor a África (1884) y la muerte de Canut de Bon (1896) el carisma del metodismo inicial ya no se ve encarnado. La rebeldía metodista durará poco, porque era de origen norteamericano y no inglés. El metodismo inglés fue un movimiento religioso rebelde, así lo describe Hobsbawm, al hacer referencia a los metodistas en Inglaterra en el siglo XIX, como metodistas primitivos que optaron por un fuerte apoyo religioso, social y político al movimiento obrero. Tanto que muchos líderes y dirigentes sindicalistas eran metodistas. Los templos metodistas se constituyeron en escuelas de liderazgos y los púlpitos en espacios preparatorios de oratoria y discursos fogosos, para después emplearlos en las fábricas y motivar a los obreros a las marchas y huelgas (Hobsbawm 2003: 169- 199).

En cambio el metodismo norteamericano ya era una iglesia establecida en Estados Unidos. Como señala Sepúlveda, para la última década del siglo XIX la Iglesia Metodista de los Estados Unidos, "después de la Guerra de Secesión, tiene una posición más establecida dentro de la sociedad norteamericana, y los misioneros se transformaron en predicadores del progreso y la

modernización" (Sepúlveda 1999: 81). Los pastores ahora eran profesionales de la palabra y funcionarios de la iglesia y transmisores de la cultura norteamericana, por lo cual el revivalismo y el Movimiento de Santidad ya no eran representativos para la construcción de un mundo moderno en América Latina. Hoover sería el último resabio del trabajo misionero de Taylor. Sería también quien continuaría con la influencia del revivalismo que tanto incomodaría a los metodistas.

En la conminación del carisma de los púlpitos metodista se presumía que tampoco llegaría a las bancas o en cuanto emergiera sería zambullido en el hielo de la administración racional de la Palabra. Sin embargo, no esperaban que desde el desierto iquiqueño estuviera emergiendo una tea que flamearía en Valparaíso, cuna del protestantismo misionero, con los atisbos apocalípticos de la naturaleza como la viruela, el terremoto y el incendio del templo en el año 1906. Estos indicios de la naturaleza fueron interpretados como recursos de los propósitos insondables de Dios. Lo único que tenían que hacer los hombres y las mujeres era internarse en los fluctuantes mundos de las emociones religiosas y así lo hicieron por tres años, momento en que no pudieron ocultar la ignición del espíritu de personas que se veían impelidas a contener sus bullidos espíritus por los horarios y puertas del templo, y que pronto deciden arrojarse al difuso y baldío mundo de las calles. Este abarrotamiento de emociones eran consideradas como parte de espíritus primitivos que los misioneros metodistas habían enterrado en las fábricas de Londres y en las plantaciones esclavistas. Ellos no querían recordar ese pasado vilipendioso en las puertas del siglo XX, y sólo quedó una solución: el exilio del carisma, pero esta vez para siempre.

Esta herencia indeseable que el metodismo quiso desterrar quedará cubierta de cenizas hasta que nuevos vientos y combustibles la harán tremolar. Esta es una herencia que ninguno quiere reconocer: el metodismo no reconoce que el pentecostalismo haya nacido en su seno porque no admite el escándalo del carisma y, por el lado de los pentecostales, porque quieren darle al movimiento un carácter autónomo y nacionalista, que hoy, desde la distancia del tiempo, resulta honroso. Sin embargo, predicadores metodistas como Canut de Bon y Willis Hoover dejan sus huellas indelebles en la memoria pentecostal.

De esta manera el pentecostalismo nacido en 1909, es el resultado de un conjunto y complejo abanico de experiencias previas, que para el caso de Chile, los misioneros metodistas

llegados a Chile tuvieron un papel importante, algunos por su visión de autonomía económica e independencia ideológica, otros por su carácter popular en sus predicaciones y, por último, aquellos que escogieron la calle como estrategia proselitista. Como sea, el carácter y las consecuencias de las predicaciones de los líderes metodistas de fines del siglo XIX dan atisbo de lo que será, en parte, el movimiento pentecostal chileno en el siglo XX.

4. Pentecostalismo y rebeldía

En este acápite veremos como los pentecostales manifestaron su rebeldía en distintas formas. Un lugar central adquirió la renuncia a la vida de este mundo, aunque eso era más bien un acto simbólico porque la gran mayoría de conversos eran pobres, y por lo tanto no tenían mucho a qué renunciar. Todos podían leer la Biblia y enseñarla en el lenguaje de la gente común. Para ellos, cualquier cristiano, fuera hombre o mujer, podía predicar sólo necesitaban un conocimiento básico de la Biblia.

En ese sentido fue un movimiento audaz y atrevido al incorporar las mujeres y los niños como protagonistas del mover cúlctico y ritual. La calle fue el espacio para exhalar toda represión social y económica con la predicación que adquirió un fuerte sentido de protesta social y política, fundamentalmente en boca de las mujeres. Los pentecostales al no tener templos, en sus inicios (hasta 1914), la gran mayoría de sus cultos se realizaron en templos-hogares y ese fue el espacio propicio para la catarsis femenina, extasiada a través de la danza y la glosolalia. Pero también fue el espacio favorable para la inclusión de los niños en los cultos pentecostales. De esta manera el hecho que el pentecostalismo haya nacido y crecido entre la calle y los templos- hogares fue un movimiento que dio espacio a las mujeres y los niños y ello también un factor de su crecimiento en Chile.

La predicación itinerante fue otro aspecto apropiado y favorable a los pentecostales. En primer lugar expresaba la precariedad del movimiento: una religión sin lugar y sin espacio, tanto en los templos como en la sociedad chilena. Por otro lado también expresaba la concepción de vida del pentecostalismo: concebir la vida como un peregrinaje, un estar de paso. Esto dio paso a que

el pentecostalismo creciera no sólo de Arica a Magallanes, sino también en países como Bolivia y Argentina. El pentecostal fue como el ave, allí donde emigró apareció la semilla pentecostal.

Por último veremos la relación y el conflicto que se establece entre el pastor y la congregación. Esto permite romper algunos mitos que conciben al pastor como un patrón de fundo, donde él podía hacer lo que quisiera. Entre el pastor y la congregación se produce una simbiosis que se necesitan de negociación y una búsqueda constante de la legitimidad, a partir del carisma.

4.1. El rol de los invisibles

La centralidad que adquirió la mujer en el movimiento pentecostal, no es algo único del pentecostalismo, sino más bien de todos los movimientos heréticos, comunitaristas e igualitaristas de la historia del cristianismo. Por ejemplo los valdenses “ofrecían a las mujeres la posibilidad de testimoniar activamente” (Driver 1997:4). Justamente uno de los motivos del rápido crecimiento y expansión del pentecostalismo se debe a la centralidad que adquirió la mujer. Driver, refiriéndose a los valdenses, señala que “sus adversarios destacan el éxito de su predicación entre las mujeres, los débiles, los ingenuos, y las personas inexpertas” (Driver 1997:5), algo que ocurrió también entre los pentecostales.

Las mujeres eran las personas más propensas y sensibles al movimiento pentecostal, dadas su escasa o nula participación en otras instituciones sociales, pero además porque eran las predicadoras que predicaban a las mujeres. En la Iglesia Católica la mujer era sólo un ser pasivo, escuchante y silente, en cambio los pentecostales, como otras expresiones religiosas cristianas carismáticas, permitieron su activa participación. Así entre los pentecostales, al igual que entre los valdenses, “su misión era carismática y tomaba la forma de un ministerio evangelizador y comunitario. Se abría tanto a las mujeres como a los hombres. Se valorizaba al laicado, ya que se componía de todo un pueblo de Dios convocado a la misión evangelizadora” (Driver 1997:9).

Nellie Laidlaw y Mari Anne Hilton tuvieron un rol significativo en el nacimiento del pentecostalismo chileno, algo que hemos trabajado en otro artículo. El pentecostalismo en sus primeros cinco años funcionó sin templos, eran reuniones caseras, callejeras e itinerantes. Las

iglesias caseras son espacios propicios para las mujeres, en donde ellas participan con autonomía, confianza y propiedad porque es su territorio social, el espacio donde la sociedad de comienzo de siglo XX tenía encerradas y arrojadas a las mujeres. Por lo tanto las reuniones cúllicas en las iglesias caseras son más afectivas, cercanas y corpóreas, donde el Espíritu se manifiesta con más libertad.

El rol protagónico que adquiere la mujer se une a este principio pentecostal de la rebeldía. La mujer se resiste a su rol determinado socialmente como esposa sumisa y silente y busca ayuda en el pentecostalismo y una vez que la encuentra, esta misma ayuda la ofrece a sus congéneres femeninos. Aunque sus roles conyugales y maternos son afirmado con el discurso pentecostal, sin embargo se le enseña, como mujer, la resistencia frente a un marido alcohólico y aceptar la oferta pentecostal de la transformación del ser; se resiste al fatalismo de la aceptación sacrificial del dolor y la enfermedad y acepta la sanidad y la salvación pentecostal. Pero además se insubordina para convertirse al pentecostalismo y comienza a leer la Biblia y predicarla. De esta manera la mujer cumple un papel inesperado y da un salto religioso, aunque no lo hace tanto por ella sino más bien por sus roles materno-conyugales.

Encuentra en los cultos un espacio de libertad en la oración. Donde puede entrar en una catarsis, entre llantos y lágrimas. El culto es un tiempo de éxtasis para dejarse imbuir por el Espíritu Santo y llorar, cantar, danzar e imponer manos. La mujer es valorada como un ser esencialmente de la palabra hablada, por lo tanto la oración individual y de intercesión le vienen como un rol propicio para sus roles sociales. Pero también es valorada como imponedora de manos, ella es concebida como un instrumento propicio y proclive del don de la profecía y de la sanidad, la mujer pentecostal fue lo que la machi era para los mapuches. La danza, la oración, la profecía y la sanidad a través de la imposición de manos le trajeron a la mujer un status muy significativo al interior del pentecostalismo, que ningún otro grupo religioso, social o político había dado a la mujer, todo lo contrario le negaron a ellas siempre cualquier responsabilidad por desconfiar de ella. El movimiento pentecostal nunca, en ninguna parte sería lo que es, si le hubiesen negado a la mujer su participación y protagonismo. Se resiste también contra la pobreza, la miseria y la explotación; esta resistencia comienza en la oración y luego en la predicación, primero como consuelo al darle

sentido, luego esperanza de salir de ella y una utopía de pentecostales sin pobreza a través del trabajo y la provisión comunitaria como recursos sociales y simbólica para salir de la pobreza.

Por otro lado los niños vienen a adquirir un rol central. En primer lugar los niños también son integrados al éxtasis pentecostal. Ellos caen bajo los designios *pneumatológico*: son bautizados en el Espíritu Santo; hablan en lengua; caen bajo éxtasis; ven visiones; revelaciones oníricas; danzan y predicar. Tanto en el catolicismo como en el protestantismo los niños eran seres silentes e invisibles. Estaban en la iglesia pero eran considerados como seres intersticiales. Sin embargo entre los pentecostales la niñez asumió una notoriedad y una importancia destacada. Al respecto el mismo Hoover señala que “una de las niñas dijo a la congregación que mientras oraba, el Señor le demostró que avisara que estaba muy pronto a visitarles con la promesa, que estuviera toda la iglesia junta unánimes, y dejaran de opiniones y pareceres” (Hoover 2008: 37). La congregación sigue las recomendaciones de la niña y no se discute sus palabras porque son consideradas como revelaciones divinas verdaderas. Pero el éxtasis infantil no sólo se circundaba al templo sino también sobrepasaba los espacios del congregacionales. “Algunos días una niña estaba conversando con otra niña en la escuela cuando la otra niña cayó al suelo y comenzó a glorificar a Dios. Otra niña de la iglesia fue a paseo campestre con la escuela pública donde asistía. Se apartó de las más niñas con otra para orar, y la otra cayó a la tierra y comenzó a alabar a Dios” (Hoover 2008: 56).

La niñez es resaltada como símbolo ideal del creyente. Se destaca su pureza, credulidad y dependencia a los padres. “Los niños no sólo son quienes reciben el Reino de Dios; también son el modelo para entrar al Reino de Dios” (Gundry- Volf 2008: 20). Así se recurre una y otra vez a la metáfora infante para resaltar al creyente ideal. Esto permite un interés inaudito por los niños y niñas, por lo tanto hay un interés en predicarles y llevarlos a la escuela dominical, aunque esto último también ha sido algo heredado de los protestantes: sin embargo lo característico del pentecostalismo es incentivar que los niños también sean parte del carisma. Por lo tanto un niño que ha sido imbuido del carisma, puede predicar y profetizar, y si es niño varón, incluso puede predicar delante del púlpito. Esto es significativo en una época en que los niños eran arrojados al silencio y la invisibilidad más pura.

Los niños también participaban de los ritos adulto: vigiliás, ayunos, oraciones y del éxtasis cúlctico. Es decir le daban su lugar y su espacio pero también se les exigía entrega y consagración. Es decir encontramos una dualidad frente a la niñez, por un lado una concepción benigna como más propicia en su relación con lo sagrado y lo numinoso: en este sentido eran rupturistas; pero por otro lado se les exigía y castigaban fuertemente y eran tratados y considerados como adultos. Al tener la Biblia como referencia disciplinaria, el castigo físico y simbólico era más proclive hacerlo como cuando los niños cometían desordenes al interior del templo, en horario de culto, eran llevados a estar arrodillados orando delante del púlpito en frente de todos.

En épocas donde la escuela no era un fenómeno masivo, fue la escuela dominical; una escuela popular un espacio de alfabetización, dónde los niños aprendían a leer a partir de la Biblia. Las personas que se convertían al pentecostalismo aprendían a leer a través de la Biblia, sean hombres y mujeres. Para los conversos no era vergonzoso reconocer que no sabían leer, porque al ser neófitos se les asumía como "niños espirituales", por lo tanto como niños debían esforzarse en aprender a leer la Biblia.

Otro aspecto significativo y llamativo de los pentecostales es darles nombres veterotestamentarios a sus hijos, tales como: Isaac; Abraham; David; Daniel o José y para el caso de las niñas su nombres más frecuente fueron: Sara, Rebeca, Raquel, Débora, Abigail, etc. Esto también lo encontramos entre los puritanos. Al respecto Richard Heitzenrater destaca: "los puritanos demuestran un nuevo interés por los pequeños al darles nombres no tradicionales a sus hijos, como Prudencia, Castidad y Tribulación, y al crear una colección separada de literatura para niños" (Heitzenrater 2008: 170). De igual manera los pentecostales daban nombres hebreos a sus hijos, desde dos perspectivas: uno por el rol que cumplieron estos personajes bíblicos; y segundo los nombres se asumían como símbolo que brindan significado que brindaban y traían esperanza a sus familias. La idea era romper con la pobreza, la miseria y la explotación y considerar las promesas hebraicas como extensivas al pentecostalismo, generando una especie de hebraísmo latino.

4.2. La calle y el camino como púlpitos.

La calle es el espacio más adecuado de la resistencia, la protesta y la rebeldía. El pentecostalismo ocupó este espacio de dos formas: la predicación y la marcha. Pero también encontró otra forma de predicar: la itinerancia.

El pentecostal no teniendo templo en sus primeros años: la calle fue su parroquia, no tuvo elección. La calle fue su condena pero también su redención. Sin embargo ellos constituyeron esta desgracia en virtud, porque más valía predicar en la calle que estar silente en las gélidas bancas de los templos metodistas y presbiterianos. Más vale ser pastor en la calle que ser un laico vitalicio en un templo. De esta manera las callejuelas fueron también espacios de la igualdad de género, étnica y de clase: podían predicar hombres y mujeres; niños, jóvenes, adultos y ancianos. Aunque eran predicadores ignotos y analfabetos que exponían la Biblia en el lenguaje del pueblo. Así como Pedro Baldo en el siglo XII predicó en las calles de Lyon, invitando a los oyentes a volverse al cristianismo de la Biblia, los pentecostales lo hicieron en las distintas calles de Chile, aunque con eso se ganó el rechazo social.

Los movimientos religiosos iniciales son rebeldes porque rompen con los convencionalismos de las religiones institucionalizadas y en su lucha por el igualitarismo social, logran integrar las mujeres, pero además son ellas las más proclives en enarbolar estas prédicas. Algo similar también ocurrió entre los cuáqueros, uno de los movimientos religiosos donde más espacio tuvo la mujer. Al respecto Driver dice de los cuáqueros: “entre las mujeres que llegaron a ser predicadoras, un número considerable provenía del servicio doméstico. La prominencia de ellas en el movimiento cuáquero primitivo es signo de su posición profética ante los valores y convenciones sociales de la sociedad dominante” (Driver 1997: 5).

Pero también la calle fue en distintas oportunidades un espacio de protesta social, para los pentecostales, a través de las marchas. Cada vez que se salían a predicar a la calle, y una vez terminada la prédica, se regresaban marchando y cantando himnos en un estilo muy marcial. Las iglesias pentecostales también realizaban convenciones, congresos y encuentros anuales en ciudades del centro de Chile, las que terminaban con una marcha por las calles.

Así la marcha por la calle fue una protesta social y política.

“En el año 1944, frente a la famosa “Ley Muñoz Cornejo”, que pretendía imponer una ley obligando a los empleados públicos a ser enseñados en clases de religión católica, movilizó a la Iglesia Evangélica en todo Chile para impedir que fuese promulgada. Las iglesias evangélicas de Santiago realizaron una gran marcha por la Avenida Bernardo O’Higgins desde la Plaza Italia hasta el Congreso Nacional (Compañía con Bandera). Esta marcha convenció a la Cámara de Diputados que dicha ley no se debía aprobar” (Canales 2000: 61).

Esta marcha demostrará la visibilidad pentecostal, su capacidad de movilización y protesta, la capacidad de unidad ante amenazas externas y la influencia que tenían los pastores sobre sus congregaciones. Pero también demuestra que el pentecostalismo es una cultura religiosa de la calle. Todo lo que ha logrado, su crecimiento y su reconocimiento político, ocurrió desde ese cosmos polvoriento. La calle ha sido el espacio pentecostal de protesta y propuesta. Por ello ha logrado llegar a los oprimidos, explotados, excarcelados, marginados, inmigrantes, las mujeres populares e indígenas, porque han sido los grupos que todos sus derechos los han logrado en la calle. Es el espacio del abandono, la tierra de nadie, donde la persona no tiene condición de ciudadanía: a ellos logró conquistar el pentecostalismo. Pero este movimiento religioso no iba a las calles: era de la calle, tenía sus templos y sus casas, conventillos y cités en esos lugares. Las calles, en donde estaban ubicados estos templos, no eran más que huellas polvorientas, donde reinaba la pobreza, las enfermedades, el hambre, el desempleo y la muerte.

En 1966 durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, a través del Ministerio de Educación que trata de imponer la religión católica en todas las escuelas (Canales 2000: 61). La calle es una vez más para los pentecostales el cosmos donde luchan contra los poderes que quieren monopolizar su dominio. Aunque no lo hacen sólo, sino acompañados por otros evangélicos no pentecostales, que vuelven a mostrar sus capacidades de movilización y protesta en la calle ante una nueva amenaza externa.

En 1993 se realizó la marcha por la igualdad fue una protesta contra el Estado Chileno, una lucha por el reconocimiento del Estado a las iglesias evangélicas con personalidad jurídica de Derecho Público, pero también tuvo una lucha más ambiciosa: esto era la lucha por la igualdad jurídica de todos los credos. Las autoridades policiales estimaron en más de cien mil las personas asistentes al acto (Canales 2000: 117-118). Esta lucha se logró el 14 de Octubre de 1999, la ley número 19.638 y bajo el encabezado "Establece normas sobre la constitución jurídica de las

iglesias y organizaciones religiosas" fue publicada en el Diario Oficial de la República de Chile la llamada "Ley de Culto" y que muy bien podría llamarse la ley bendita.

La predicación itinerante es otro elemento interesante del pentecostalismo, aunque tampoco es algo propio de ellos, sino también característicos de los movimientos religiosos heréticos, rebeldes y protestante contra la institucionalidad religiosas que deja la predicación en manos, como le llama Weber, a los "especialista sin espíritu, hedonista sin corazón" (Weber 1998: 259). Mientras que los movimientos heréticos se rebelan contra este procedimiento elitista que deja fuera a los laicos, sobre todo a los pobres y analfabetos. Es algo que también encontrábamos en movimientos como los albigenses, destacado por Driver, quien señala al respecto:

"Este ministerio itinerante de predicación contrastaba con la postura monástica cerrada y la muy esporádica predicación episcopal. La pobreza era asumida en función de la predicación. Los Pobres de Lyon recorrían las zonas rurales de dos en dos, al estilo de los Evangelios. En las propias memorias valdenses, Valdo aparece íntimamente ligado con su compañero de viaje. El testimonio histórico sobre Valdo cierra con esta imagen del peregrino siempre de viaje, predicando el evangelio a los pobres" (Driver 1997:4).

El pentecostalismo dejó la predicación itinerante en manos de los hombres, a diferencia de la predicación callejera, en donde también podían participar las mujeres. Las mujeres sólo podían hacer este tipo de predicación pero en el borde urbano más próximo, en cambio los hombres "iban donde el Espíritu les guiaba" ya sea a través de sueños, visiones o corazonadas. Todos los peligros que encontraban en el camino, sea como violencia, ataques de perros o impedimento de la policía, eran concebidas como señales de éxito, porque decían que el enemigo, en este caso el diablo, hará hasta lo imposible para que las personas no escuchen ni acepte el mensaje pentecostal, por lo tanto es fácil identificar su estrategias. Cada vez que el Diabolo se levante contra el predicador itinerante, era porque había un alma deseosa y próxima a convertirse. Esta interpretación metafísica del mal y de la intolerancia religiosa resultaba ser significativa para el discurso religioso del pentecostalismo que era un discurso, más bien pacífico, aunque no por ello menos violento y virulento simbólicamente; porque a sus detractores los enviaba al infierno y los trataba de idólatras, perdidos, impíos o hijos del diablo.

Para los pentecostales un templo era un espacio relativo, podía ser "cualquier lugar donde hubiera dos o tres reunidos en el nombre de Jesús", en palabra de Camus sería: "me rebelo, luego somos" (Camus 2003: 30). El pentecostal se rebela solo, pero no puede vivir esa rebeldía en la

soledad, necesita una comunidad de rebeldes, sino no hay una comunidad: entonces la funda y le inventa un nombre. Los pentecostales eran ampulosos en asignarles nombres a los templos que iniciaban. Todas parten de Iglesia Evangélica...; Iglesia pentecostal...; o Iglesia Cristiana... A estos nombres se le agregaba el apellido que generalmente estaba muy vinculado con la visión y la misión de los fundantes. Al respecto Ignacio Vergara nombra algunas como: "Iglesia Cristiana de Chile; Iglesia Embajadores de Cristo; Iglesia Apostólica Universal; Sinagoga Hebrea Cristiana; Iglesia Misionera de Cristo; Iglesias Pentecostales Apostólicas Libres; Iglesia Evangélica Estrella de Belén; Iglesia Evangélica Misionera Pentecostal; Iglesia Evangélica Nueva Jerusalén" (Vergara, 1962: 173). Estas y otras iglesias son más bien comunidades que duraron mientras vivía su pastor fundante y después desaparecía y los feligreses se congregan en otras iglesias pentecostales.

La grandeza de estas comunidades es que la jefatura es circunstancial y disolvente. Esa grandeza la encontramos también en otros movimientos heréticos:

"Una reunión típica entre los valdenses medievales solía consistir en una celebración al aire libre al caer la noche, presidida por un hermano itinerante, con una oración que introducía la predicación basada en algún texto tomado de los Evangelios o de las Epístolas. Los participantes no sólo escuchaban el mensaje, sino que le acompañaban al hermano, comiendo con él y ofreciéndole hospedaje" (Driver 1997: 9).

El movimiento pentecostal gran parte del siglo XX, sobre todo en su primera mitad del siglo, fue una religión para pobres y analfabetos, por lo tanto la Biblia fue un libro civilizador y de alfabetización, al igual como lo fueron otros movimiento heréticos en la historia del cristianismo. Al respecto Driver destaca:

"El movimiento valdense se destacó por el carácter popular de su exclusivo biblicismo. Aprendían de memoria pasajes bíblicos enteros en su lengua materna. El mensaje bíblico ejerció una influencia de enormes consecuencias sobre la vida cotidiana de la gente sencilla. Por eso, la principal forma de difundir el mensaje bíblico era su memorización y transmisión a viva voz" (Driver 1997:8).

El conocimiento bíblico fue dulce para aquellos que no tenían acceso al libro o al cuaderno, por ello memorizaron la Biblia con tanto esmero. Llevaban la Biblia a cada rincón de Chile, la idea fundamental era predicar, si había posibilidad se fundaba una iglesia. Allí donde se convertía una persona al pentecostalismo: nacía un predicador y allí donde habían dos personas nacía una iglesia. Esa fue la holgura de la predicación itinerante que no importaba la estadística, importaba el

individuo; no importaba la condición ni la situación social o alfabética, importaba la confianza en el individuo por llevar a cabo su misión encomendada y traspasada por el predicador itinerante.

Las predicaciones callejeras y la itinerante fueron los vestigios más representativos de la rebeldía pentecostal, porque fueron capaces de confrontar el poder religioso y eclesiástico desde las calles y los caminos. Criticaron fuertemente la iconolatría y materlatría del catolicismo, lo que le valió el fuerte rechazo social, acusándolos de canutos y el de la Iglesia Católica tratando de sectas. Los pentecostales también acusaron al catolicismo del abandono del Libro y su ausencia de incentivo a la escolaridad, sacralizando el analfabetismo como una forma de mantener al pueblo a ralla. También criticaban al protestantismo misionero por sus cultos fríos y su escasa predicación pública, a quienes acusaba de enseñar una “verdad sin pasión”. Por otro lado también criticaban el alcoholismo y a los bares, sobre todo en momentos de la primera mitad del siglo XX, donde los dueños de bares eran también espacio políticos, donde los candidatos negociaban con los bares, votos, y los dueños de bares buscaban votantes entre sus clientes más asiduos, parroquianos y alcohólicos. Los predicadores, en especial las predicadoras, iban a predicar a las puertas de los bares acusándolos de puertas del infierno, otro gran motivo para su rechazo social.

4.3. Pastorcentrismo y congregacionalismo

Algunos estudios como el de Lalive d'Épinay, quien aplica una metáfora de la hacienda para referirse a los pastores como patronos (Lalive d'Épinay 1968). Quizás una de las grandes diferencias del pentecostalismo es el congregacionalismo y no el pastorcentrismo, ya que evitaron los credos y dieron prioridad a la predicación por encima de los sacramentos, aceptando solamente el bautismo y la Santa Cena. Este congregacionalismo y el realce del carisma los llevó a un constante inconformismo social, separatismo intraclesial como interclesial e independencia económica y política. Por ello quizás la metáfora más acertada para definir el rol del pastor sea el de lonco mapuche, más que el patrón. Lonco porque su rol no era sólo religioso, sino también social. Además el pastor tenía relaciones más afectiva, emocionales, empáticas y sacrificiales con su congregación, aunque severo con sus oponentes al interior del templo y severo también con sus

adversarios externos. Pero nunca una relación de vasallaje y de cierre a la movilidad social y a la liberación como el sistema patronal. Quizás puedan darse similitudes con los apelativos afectivos cuando un pentecostal le decía a su pastor “pastorcito” como el peón le decía al patrón “patroncito”, pero también los pentecostales le llamaban a su pastor: “mi hermano pastor” o el pastor le llamaba a sus feligrés “mi hermano”, jamás un peón le llamaría a su patrón “mi hermano patrón” o el patrón “mi hermano peón”, porque entre ambos había una diferencia de clases o en el menor de los casos una diferencia de propiedad. En cambio entre el pastor y su congregación había sólo una diferencia de carisma, accesible a cualquier persona. Cualquier persona podía llegar a ser pastor, todo dependía de su búsqueda y cercanía con lo divino.

Obviamente no se puede desconocer que las relaciones pastor/congregación eran relacionales patriarcales y paternas. Son varios los factores que han influido en el crecimiento y desarrollo del pentecostalismo chileno, como dijimos más arriba el rol protagónico que ha tenido la mujer. Sin embargo hay un aspecto muy relevante que se desprenden en dos: el rol del pastor y el congregacionalismo. La autonomía económica del pentecostalismo forzó al pastor a ser un autogestionador de sus recursos. El pastor era quien iniciaba una obra, ya sea arrendada o comprada, con un templo muy precarios que podía ser cualquier casa o pieza al interior de algún cite o conventillo. Una vez instalado el templo había que buscar la feligresía. Mientras el pastor trabajaba para mantener su familia, su esposa junto a sus hijos salían a predicar en la calle. Una vez lograda alguna pequeña feligresía se establecía que debían traer al pastor: alimentos, ofrendas y los diezmos. Luego el pastor constituía un grupo de ayudantes que llamaban “junta de oficiales”. Y una vez que la congregación crecía entre los cincuenta o cien miembros el pastor podía dejar de trabajar y dedicarse de lleno a trabajar como pastor.

Por lo tanto a pesar de que la obra era un producto del pastor, sin embargo su rol al interior del templo tenía que establecer una especie de teo-democracia (es decir el pastor es un elegido de Dios pero debe tomar decisiones en conjunto con líderes legitimados por la congregación), ya que ante fuertes tensiones y conflicto algún líder que gozara de legitimidad como líder al interior de la congregación podía irse de la iglesia convenciendo una buena parte de la iglesia y formar una nueva congregación. Esa división significaba un desmedro de los ingresos para el pastor y además

implicaba una crisis de la inversión que el pastor hizo en la instalación del templo como la conformación de la congregación. Por lo tanto el divisionismo como vicio pentecostal se constituyó en una virtud, tanto como competencia por el crecimiento y el carisma; pero también una mayor cantidad de congregaciones significan mayor énfasis en la predicación callejera e itineraria. Por lo tanto la frase que podía resumir estos sería: “el pentecostalismo creció gracias a sus desunión”. Es decir la rebeldía pentecostal es uno de los grandes motivos de su crecimiento, desarrollo y expansión en Chile y porque no decirlo, de América Latina.

5. Conclusiones

Los aspectos señalados, obviamente resultaban muy rebeldes para su época, sea la inclusión de la mujer en el derecho a la palabra o los niños en la inclusión cúlptica y ritualidades religiosas. Sin embargo, al igual que el protestantismo misionero, el sacerdocio universal no fue tan universal, para la mujer fue limitado. En el pentecostalismo ella tuvo espacios de participación de inclusión muy amplias, pero excluidas de los púlpitos. Fueron rebeldes con la inclusión de los niños a las ritualidades y carismas, pero también al asumirlos como modelo del ser cristiano.

No obstante a medida que el pentecostalismo se fue institucionalizando sacralizó al extremo la obediencia: obedecer a los pastores; obedecer a los profesores; obedecer a los padres; obedecer a los patrones; obedecer a las autoridades policíacas, militares y políticas. Cualquier desobediencia fue satanizada y demonizada al extremo infernal. Si hubiese que hacer un análisis de los pastores y líderes que fundaron nuevas iglesias pentecostales, seguramente la gran mayoría de ellos, sino todos, son conversos más que pentecostales de cuna. Por lo tanto la rebeldía no es la esencia del pentecostalismo, sino más bien genera las condiciones con el derecho a la palabra, el acceso a la Biblia: un libro de rebeldes; el carisma del púlpito, por lo tanto a los líderes se les despierta la magia de la rebeldía pero luego se les cierra los espacios de libertad, no queda más que resistir, rebelarse y abrir una nueva iglesia.

A las mujeres se le enseñó la sumisión a su marido, sin importar cómo fuera, incluso a los violentos y alcohólicos; a los niños se les instruyó a la sumisión de las distintas autoridades; y a los

pentecostales en general se les adoctrinó para el silencio político: entre los pentecostales no se conversa de política: la política es como el sexo un tema privado. Así un movimiento que nació rebelde, que se rebeló contra el extranjerismo religioso; la exclusión del carisma; y la explotación y opresión social y política, condenó a sus feligreses a la “trilogía de la obediencia” (sumisión, sometimiento y silencio); ha condenado un movimiento a la desgracia y a la tragedia latina: la ideología del redil.

Sin embargo la miserable trilogía no se evidencia en la dimensión interna del pentecostalismo. En Chile en el año 2010 hay unas dos mil denominaciones religiosas de origen evangélico, la gran mayoría pentecostal, inscritas como sociedades religiosas. Y otras miles que existen en el anonimato y en la informalidad de los barrios y cinturones barriales. Eso demuestra que los pentecostales, aunque sacralizan la obediencia en la práctica no pueden evitar la rebeldía, rebelándose contra el pastorcentrismo, el centralismo eclesiástico y las luchas por el carisma; fundando nuevas iglesias, amparadas en la ley de igualdad de culto de 1999.

La trilogía de la rebeldía (protesta, resistencia y disidencia) pentecostal algo prodigiosos en la mayor parte del siglo XX, paulatinamente fue en desmedro. La fatalidad conlleva que un movimiento carismático se institucionaliza, entonces se ve forzado a abandonar la rebeldía por debajo de la trilogía de la obediencia. Incluso los pentecostales traicionan sus principios con el Tedeum Evangélico en donde deben predicar lo políticamente correcto, abandonando la protesta. Por otro lado la extensión de las misiones pentecostales en el extranjero, sobre todo en Bolivia y Argentina; un movimiento que inicialmente optó por la independencia, la autonomía y el nacionalismo religioso, han transformado a Chile en una colonización religiosa; a diferencia del pentecostalismo misionero que es autónomo en cada país.

La rebeldía proclamada desde las calles, sostenía que el ser pentecostal era privativo de “no ser de este mundo” e invitaban a sus transeúntes a convertirse y “salir del mundo”. Allí estuvo su rebeldía, porque tenían una identidad por oposición: “nosotros no somos de este mundo”. Criticaban el consumismo, las modas y el materialismo, pero los que los escuchaban los acusaban de locos, canutos, ilusos, malos de la cabeza o descerebrados. De pronto quisieron ser igual que los otros. Entonces comenzaron a preguntarse para qué ser tan fanáticos o por qué tan diferentes;

y comenzaron a asimilarse y en esa asimilación el pentecostalismo abandonó la rebeldía y optó por la similitud; eligió la cordura y el ser cristiano, antes que ser canutos y se ha integrado a la sociedad chilena y a adquirido reconocimiento político y social, pero la pentecosfobia continua: el estigma de pobreza, locura, fanatismo, ignorancia y superstición continua.

Hoy el consumismo, el materialismo, la teología de la prosperidad, los Tedeum nacionales y regionales, los han silenciado y se han constituido en silenciosos de la calle: el lugar por antonomasia de la rebeldía, la protesta y la resistencia. La rebeldía ha abandonado el discurso pentecostal quizás hasta siempre o hasta que haya otra crisis. La normalidad y la asimilación ha cerrado las bocas y el silencio y la trilogía de la obediencia se han apropiado de los púlpitos, las bancas e incluso de las calles: sólo queda la memoria de un pasado rebelde, adornado con las ritualidades de la memoria.

Bibliografía

DRIVER, Juan. 1997. "Pedro Valdo y los valdenses. La fe en la periferia de la historia: Una historia del pueblo cristiano desde la perspectiva de los movimientos de restauración y reforma radical" Ediciones Semilla, Cd. Guatemala, Guatemala.

BUNGE, Marcia. Los niños en el pensamiento evangélico. Buenos Aires, Ediciones Kairos. Argentina, 2008.

CAMPOS, Bernardo. De la reforma protestante a la pentecostalidad de la iglesia. Debate sobre el Pentecostalismo en América Latina. Quito. Ecuador, CLAI. 1997.

LASKI, Harol. El liberalismo europeo. México, FCE. 1961.

LOCKE, John. Carta sobre la tolerancia. Madrid: Ediciones Mesta, 2005.

CANALES, Hermes. Firmes y Adelante, Evangélicos por la Igualdad, Chile para Cristo. Santiago. Chile, Barlovento Editores, 2000.

CAMUS, Albert. El extranjero. Madrid, Editoriales Orbis y Origen, 1982.

CHOMSKI, Noam 2006. "Pocos intelectuales se enfrentan con el poder". En Diario El Carin. Suplemento Zona, 6 de agosto del 2006. Traducción de Cristina Sardoy. En <http://edant.clarin.com/suplementos/zona/2006/08/06/z-03703.htm> [Consulta: 12 de octubre del 2010]

GONZÁLEZ, María. "El principio de resistencia a la opresión, o el derecho de insubordinación civil".

El Catoblepas, N° 61. En <http://www.nodulo.org/ec/2007/n061p13.htm>, [Consulta: 25 de septiembre del 2010]

GIBRAN, Khalil. 1908. *Espíritus Rebeldes*. En

http://www.librodot.com/searchresult_author.php?authorName=Gibr%E1n%2C+Khalil+Gibr%E1n.

[Consulta: 10 de septiembre del 2010]

HOBBSAWM, Eric. *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Ariel. Barcelona, 2003.

HOOVER, Willis. *Historia del avivamiento pentecostal en Chile*. Concepción, Chile: CEEP Ediciones, 2008.

LALIVE D'EPINAY, Cristian. *El refugio de las masas: estudio sociológico del protestantismo chileno*. Editorial Pacífico. Santiago de Chile, 1968.

MILTON, Jhon. *El paraíso perdido*. Editorial Tomo, México, 2005.

SEPÚLVEDA, Juan. *De Peregrinos a Ciudadanos. Breve historia del cristianismo evangélico en Chile*. Editores Fundación Konrad Adenauer; FET y CTE. Chile, 1999.

SEPÚLVEDA, Juan. 2003. "El Principio Pentecostal. Reflexiones a partir de los orígenes del Pentecostalismo chileno". En *Voces del Pentecostalismo Latinoamericano. Identidad, Teología e Historia*. Daniel Chiquete y Luis Orellana Editores. Concepción. Chile, pp. 13-28.

SNOW, Florioe. *Juan Canut de Bon (1846- 1896)*. Centro de Documentación Histórica Iglesia Metodista de Chile. Santiago, 2007.

Miguel Ángel Mansilla.

De la Disidencia a la sumisión. La rebeldía como principio Pentecostal y los rudimentos de la pentecosfobia en Chile.

TILLICH, Paul. La era protestante. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina, 1965.

VALENZUELA, Raimundo. Breve historia de la Iglesia Metodista de Chile, 1878 – 1968. Ediciones Metodistas. Santiago, Chile, 2000.

VERGARA, Ignacio. El protestantismo en Chile. Editorial Pacífico. Santiago. Chile, 1962.

WEBER, Max. La ética protestante y el espíritu del Capitalismo. Ediciones Istmo. Madrid, 1998.

¹ En 1819, se instaló un cementerio para disidentes en la ciudad de Valparaíso; en 1822 se formuló cierta tolerancia, estableciendo que a nadie se castigará por su pensamiento, ni por manifestación de ello; en la Constitución de 1833, el “patio legal” para la disidencia religiosa, sólo se le permitió el ejercicio privado de su fe, la construcción de templos, siempre que éstos fueran escondidos tras los muros para que no se vean la fachada, la predicación de sermones, siempre que sea en inglés. En 1844, se reconoce el matrimonio entre disidentes. En 1870, por iniciativa del Partido Radical, se aprobó una incipiente, ley de tolerancia religiosa para los “no católicos”. En 1874, en el cerro Santa Lucía, uno de los lugares que se usaba en Santiago como cementerio clandestino, Don Benjamín Vicuña Mackena mandó a construir un monolito recordatorio, con la inscripción “a la memoria de los expatriado del cielo y la tierra que en este sitio yacieron sepultado durante medio siglo 1820-1872”.